

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



# LA FORESTA ENCANTADA

Fernando Olavarría Gabler

10



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,  
all content is made available  
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.  
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA


# LA FORESTA ENCANTADA

Fernando Olavarría Gabler



# LA FORESTA ENCANTADA

---

 Alberto, un muchacho de veinte años, se había quedado solo en el mundo.

Esa tarde había acompañado a su padre para enterrarlo en el cementerio de Santa Inés de Viña del Mar. Su padre viudo y él, único hijo, habitaban una modesta casa en la población Gómez Carreño. El papá, un empleado jubilado, se había ayudado económicamente al instalar en su casa un pequeño almacén donde vendía a sus vecinos artículos de uso diario. Bebidas gaseosas, verduras y frutas, pan, cigarrillos y otras menudencias contribuían a mejorar el financiamiento del hogar. Ahora él estaba a cargo del almacén y tenía que sobrevivir. No tenía oportunidad alguna de estudiar un oficio o irse a otro lugar. La casa era su única fortuna heredada y el almacén con sus limitadas ventas era la insuperable opción de trabajo. Y así pasaron los días y los meses y Alberto se repuso lentamente de su pena y se conformó con su agobiante soledad.

La modesta casa donde vivía tenía un techo plano sobre el segundo piso; éste estaba cubierto con brea y lo rodeaba una muralla de poca altura, constituyendo en esa forma una pequeña terraza. Por el pasillo del segundo piso que comunicaba con el dormitorio, se podía subir hasta el techo y a Alberto se le ocurrió que en dicha terraza se podrían instalar plantas en maceteros y formar así un lugar íntimo donde descansar en los días calurosos del verano. Crearía un mundo mágico formado por arbolillos plantados en tiestos. Y

poniendo manos a la obra compró los pequeños árboles y reemplazó las bolsas de material plástico por grandes maceteros y cajas de cartón donde llegaba la mercadería del almacén. Plantó eucaliptos, paltos, aromos, gomeros y otras especies de crecimiento rápido. Cuando los arbolillos empezaron a dar sombra, Alberto llevó un colchón y una almohada a la terraza y acompañado de un buen libro, de una radio a pilas y de algunas bebidas que sacaba del negocio, disfrutaba de su pequeño y mágico mundo que le daba gran tranquilidad y placer.

Los árboles habían crecido formando un tupido follaje; el muchacho, después de cerrar el negocio en las tardes se iba a su “bosque” en los días de verano y permanecía allí hasta altas horas de la noche. En ese mundo creado por él se olvidaba del vivir sin atractivos del barrio, carente de áreas verdes y compuesto por murallas de cemento cubierto con pinturas desteñidas, garabatos o algún nombre añejo de un candidato político. La población donde vivía no le ofrecía alegría ni belleza en su entorno.

Una tarde, cuando el Sol se escondía detrás de los tejados, un rayo dorado penetró por el follaje del bosquecillo de la terraza. El Sol se escondió y el cielo resplandeciente del atardecer disminuyó para dar paso lentamente a la noche. Alberto percibió con extrañeza que el rayo de sol persistía en el follaje. Se puso de pie y al separar las ramas descubrió con asombro que un sendero luminoso venía

## LA FORESTA ENCANTADA

---

desde el horizonte hasta su bosque. Era una angosta calle o un puente de luz dorada que lo invitaba a caminar por él. Sin saber cómo puso los pies sobre esta superficie brillante y en un instante fue transportado hacia una playa cuyo mar de aguas tranquilas y transparentes se perdía en la lejanía. En la playa había unas embarcaciones varadas en la arena, estaban pintadas con vivos colores y en su proa tenían dibujado un ojo humano. Una de ellas reposaba en el agua con la quilla de la proa apenas puesta en la arena. Alberto la empujó y se subió a ella. El bote se deslizó suavemente en el agua y se alejó de la orilla. El muchacho observaba cómo la embarcación navegaba silenciosamente en ese inmenso mar de tranquilas aguas y tomaba un rumbo desconocido hacia un mundo desconocido. Le sobrevino un gran cansancio y sopor que le obligó a tenderse en el fondo de la embarcación, instantes después estaba profundamente dormido.

Despertó sobresaltado y se sentó para observar el paisaje que lo rodeaba. La barca estaba frente a un gran arrecife rocoso de paredes verticales en cuyo centro había un gran hueco. Era una inmensa caverna de granito por la que se escurría el agua hacia una negrura impresionante. La barca se dirigió lentamente hacia ella y penetró por el gigantesco túnel formado por muros de gran altura. Alberto no fue capaz de percibir si esta horrenda cavidad poseía una bóveda ya que la oscuridad era casi completa. Sólo alcanzó a ver la

pared más cercana al nivel del agua que era tan negra como el petróleo. Desde ese nivel surgían columnas y figuras humanas gigantes esculpidas en la roca, sobre ellas había arcos y barandados horizontales que se perdían en la oscuridad. El bote seguía avanzando dócilmente dejándose llevar por la corriente. Llegó un momento en que Alberto no lograba ver sus manos frente a su cara y con gran miedo y entregado a su destino, se tendió nuevamente en el fondo de la embarcación, como un animal herido, esperando la muerte de un instante a otro. El silencio del tenebroso lugar calmó en parte su ansiedad y sin darse cuenta cómo ni cuando cayó otra vez en un profundo sueño. Despertó cuando una luz rojiza le bañaba el rostro. La embarcación estaba saliendo de la formidable caverna y la luz del atardecer le daba la bienvenida en un lugar impresionantemente hermoso. Era un inmenso lago rodeado de altísimas montañas cubiertas de bosque. Un cielo rosado sin una nube transformaba todo este paisaje en una belleza mágica. Reinaba un silencio imponente y sobrecogedor. El bote se había detenido y permanecía inmóvil en estas tranquilas aguas. Alberto cogió los remos que estaban en el fondo de la embarcación y acomodándolos en las chumaceras empezó a remar hacia la orilla más cercana. A lo lejos divisó una casa que parecía habitada ya que salía humo por la chimenea. A medida que se acercaba vio que la casa era hermosa, tenía tres pisos y sus altas ventanas estaban adornadas con





jardineras. Había una playa frente a ella, y un muelle. Bajo el muelle, una muchacha calzando suecos, lavaba ropa golpeándola con un palo y la refregaba con arena. Alrededor de ella Alberto divisó numerosas aves domésticas. Había patos, gansos que nadaban cerca de la orilla y algunas gallinas picoteaban el pasto frente a la casa. Un gato se lamía una pata cerca de la puerta de entrada y un perro se puso a ladrar amistosamente cuando el bote con Alberto adentro encalló en la playa. La muchacha dejó de lavar y arremangándose las faldas salió del agua y fue hacia Alberto. Sus manos estaban con los dedos blanquecinos por su larga permanencia en el agua y su cabello castaño lucía desordenado.

-¡Hola! ¡Bonita tarde! ¿No? Saludó la muchacha.

-¡Hermosa, muy hermosa!-balbuceó Alberto. Pero no se refería a la tarde sino a la muchacha.

-¿Cómo ha llegado hasta aquí?

-Por la caverna oscura y tenebrosa.

-¡Oh! ¡Dios mío ¡Cómo se atrevió!

-No me atreví, fui empujado sin querer por allí, pero no me arrepiento, todo lo que veo aquí es muy lindo, el lago, las montañas, la casa, y usted...

La muchacha bajó los ojos, esbozó una sonrisa y se sonrojó.

-¿Desea comer algo? Debe de tener hambre. Lo invito a una taza de té.

## LA FORESTA ENCANTADA

---

Alberto estaba maravillado, la casa era preciosa, y con la tonalidad rojiza del crepúsculo se veía aún más linda. Los tonos marrones lucían más intensos y los verdes se realzaban con gracia. La casa, con sus flores en las jardineras, los patos y gallinas, el perro y el gato, y la niña con sus suecos, le recordaban las imágenes de unas calcomanías que su madre le compraba cuando él era niño. Tenía un vívido recuerdo de ellas. Lamentablemente, con el transcurrir del tiempo, ya no se fabricaban más. Recordó cómo recortaba cada grabado con una tijera ya que venían varios en una hoja de papel. Luego las echaba a un lavatorio con agua para que se remojaran, después deslizaba el papel mojado de la calcomanía sobre un papel seco o sobre un plato, había que hacerlo suavemente para que la imagen no se destrozara y una vez retirado el papel que cubría la imagen ésta aparecía brillante, magnífica con sus lindos colores. Uno de los temas más socorridos era una casa con una niña rodeada de flores y animales domésticos. ¡Sí!. ¡Alberto estaba en una de esas calcomanías! ¡Con la muchacha tan linda como en sus recuerdos de niño y rodeado de tanto colorido y belleza!

La niña de la calcomanía lo invitaba a entrar a su casa y a beber una taza de té.

En el interior de la casa, sobre el fuego de la chimenea, colgando de un hierro por una cadena, hervía una tetera.

-¿Cuál es tu nombre? Preguntó Alberto.

-Efigenia.

-¡Vives mucho tiempo aquí? ¿Con quién vives? ¿Tienes esposo o novio?

-No tengo esposo ni novio- replicó Efigenia-. Vivía con mi padre viudo pero él se fue a la guerra y no ha vuelto aún. Han pasado varios años y no ha regresado. A la muchacha se le llenaron los ojos de lágrimas y Alberto guardó un respetuoso silencio.

-Mi nombre es Alberto -replicó- y es muy difícil explicarte de donde vengo, pero creo que el destino me ha puesto ante ti.

Mientras Efigenia le servía té y le ofrecía unos panecillos, Alberto trató de explicarle de dónde venía pero la muchacha no entendió en absoluto la intrincada explicación. Solamente comprendió que el muchacho venía de muy lejos y que era imposible que pudiera regresar a su hogar ese día, así que decidió acogerlo con su hospitalidad. En el tercer piso había un dormitorio donde ella dormía cuando vivía con su padre. Allí podía alojar a Alberto ya que ella ocupaba el aposento de sus padres en el segundo piso.

Había anochecido y reinaba un silencio absoluto en toda la comarca. Alberto, frente al fuego de la chimenea, reposaba sentado en una silla de madera rústica mientras Efigenia tejía en otra. El gato jugaba con el ovillo de lana, se enredaba en él y hacía reír a los dos jóvenes. De pronto Alberto oyó un intenso tañer de carillones que se

## LA FORESTA ENCANTADA

---

sucedían en un armonioso ritmo durante varios minutos. Era un repicar de numerosas campanas, al parecer muy lejanas y gigantescas. Mientras Alberto escuchaba ensimismado todo esto Efigenia continuaba tejiendo impasible como si nada oyera. Una vez terminado el maravilloso sonar Alberto preguntó de adónde venía y Efigenia le explicó que provenía de la foresta detrás de su casa. Era una foresta encantada y su padre le había contado que se decía que en el centro de ella había un maravilloso palacio con unas campanas en una de sus torres y eran éstas las que tocaban al anochecer. Los habitantes del lago estaban acostumbrados al poderoso y lejano sonido pero ninguno había osado internarse en la selva para indagar el origen de las resonancias ni el lugar donde estaba situado el palacio.

-Podríamos intentar visitarlo- expresó Alberto.

-Ni lo piense-observó Efigenia. Mañana hay que levantarse temprano a trabajar.

Alberto dio las buenas noches, subió al tercer piso y se acostó en un duro lecho cubierto por un amplio plumón o cubrecama hecho con plumas de ganso.

Despertó casi al mediodía. Abajo se oían unos golpes de hacha. Se asomó por la ventana y vio a Efigenia que estaba cortando leña.

-¡Buenos días!- Saludó Alberto, desde las alturas.

-¡Buenos días! ¡El desayuno está servido desde temprano, baje antes de que se enfríe más!

Alberto se vistió y bajó las escaleras. Se desayunó con leche endulzada con miel y pan con mantequilla. El perro lo vino a saludar y Alberto, para congeniarse con él, le dio un trozo de pan con mantequilla. El perro consideró que el bocado era muy poco y pidió más pero no pudo ser consentido porque Alberto se lo había comido todo y salió donde estaba la muchacha que se aprestaba para acarrear la leña cortada hacia el interior de la casa. Alberto se ofreció para llevarla y la muchacha accedió porque tenía que dar de comer a las gallinas y a los patos. Cuando acarrea la leña en sus brazos observó que los vidrios de las ventanas de las paredes laterales estaban sucias de polvo, no así las ventanas del frontis de la casa que se veían bien limpias.

-¿Por qué no has limpiado los cristales de esas ventanas? Preguntó Alberto.

-Esas ventanas no se pueden abrir porque no tienen bisagras-respondió Efigenia.

-¿No tienes una escala?

-No.

-Podríamos hacerla cortando algunas ramas del bosque.

-No es mala la idea dijo Efigenia. Iré a buscar el hacha y tú cortarás las ramas.

## LA FORESTA ENCANTADA

---

Alberto se sintió complacido que lo hubieran tuteado.

Los dos muchachos se internaron por un caminito que partía desde la playa hacia el bosque y llegaron a un lugar donde Alberto consideró que había unos árboles pequeños que serían apropiados para los dos largueros de la escala. Cuando estaba en esa tarea oyó voces que saludaban a Efigenia y aparecieron dos jóvenes. Era el vecino de Efigenia; Manfredo, y su novia.

Efigenia presentó a Alberto y Manfredo se ofreció para cortar otros dos árboles que eran de mejor calidad que los que había elegido Alberto. Como Alberto había cortado solamente un larguero, Manfredo, después de cortar con gran fuerza y maestría los dos largueros, cortó en trozos el de Alberto, para transformarlo en los palos travesaños. Una vez efectuados todos los hachazos puso uno de los troncos montado sobre una roca y acomodó uno de los travesaños en un extremo del tronco y golpeando en la otra punta del larguero con el mocho del hacha hizo saltar el palo como una catapulta el cual salió disparado girando como hélice a gran altura. Todos rieron y Manfredo colocando otro palo le ofreció el hacha a Alberto para que probara fuerzas. Alberto se sintió retado en una competencia para demostrar quién tenía más fuerza física. Todo esto delante de Efigenia y haciendo un arrebató de energía lanzó el golpe que hizo subir el palo a bastante altura pero no lo suficiente para ganarle a Manfredo. Se repitió la prueba y Manfredo volvió a ganar

y su novia lo abrazó y besó alborozada. Alberto se sentía derrotado pero notó algo en esos instantes que lo llenó de emoción. Efigenia lo estaba mirando con gran ternura y le sonreía.

Manfredo y su novia se despidieron llevándose parte de la leña que había sobrado, y Alberto con Efigenia regresaron con los dos largueros y algunos travesaños que acarreó Efigenia. Los demás esperarían ser recogidos después; y ese después fue esa misma mañana. Efigenia se agachó para recoger los travesaños que faltaban y quiso llevarlos pero se le cayó uno y Alberto al recogerlo lo puso sobre los otros y se cayeron todos. Ambos muchachos se pusieron a reír y agachados empezaron a recogerlos pero no continuaron... Efigenia acercando el rostro hacia Alberto cerró los ojos y éste la levantó del suelo la abrazó y se besaron con gran amor.

Los dulces y tibios labios de Efigenia le recordaron la leche con miel que había bebido al desayuno, y acariciando su cabello castaño la volvió a besar con ternura.

Regresaron a casa tomados de la mano y decidieron hacer la escala al día siguiente.

La escala estaba terminada y Alberto encaramado en ella fregaba los vidrios con un trapo mojado. Abajo, Efigenia limpiaba el estropajo enjuagándolo en un balde con agua.

Habían pasado el día fabricando la escala, amarrándola con tiras de cuero de vaca, y limpiando los cristales de las ventanas.



## LA FORESTA ENCANTADA

---

Después de la cena Efigenia sacó un naipe de Tarot que estaba en un cajón y se puso a jugar con las cartas encima de la mesa del comedor. Alberto nunca había visto ese tipo de naipes y le llamó la atención los enigmáticos grabados que poseían las cartas. Había un joven príncipe y una princesa que volaban sobre las nubes. También había un violinista con cabeza de perro y un sendero que serpenteaba por el borde de una montaña que terminaba en un sol lejano, apenas luminoso, que se escondía en el horizonte. Efigenia se quedó contemplando esta última carta y se puso muy triste. Al preguntarle Alberto el por qué de su cara de angustia y preocupación, Efigenia no quiso responder de inmediato el significado de esa carta. Solamente balbuceó que significaba la pérdida de un ser muy querido. Alberto pensó que la muchacha recordaba a su padre en esos momentos.

De pronto nuevamente sonaron las campanas y Alberto quedó extasiado escuchándolas.

-Existe una posibilidad; podríamos viajar por encima de los árboles hacia el palacio- dijo Efigenia.

-¿Qué idea tienes?

-Mis gansos me quieren mucho y obedecen todas mis órdenes. Estoy segura de que si los amarro con sogas a la escala que hemos construido, ellos podrían remontar el vuelo y llevarnos por encima de la foresta encantada hacia el campanario de la torre del palacio.

-¿Lo crees así?

- Estoy segura.

-Entonces, hagamos la prueba.

Al día siguiente Efigenia llamó a sus gansos que nadaban en el lago. Llegaron presurosos donde la muchacha y ella les repartió maíz que llevaba en su delantal plegado hacia arriba.

-Cada uno tiene su nombre- dijo Efigenia, y llamándolos procedió a atarles las patas con unas sogas cuyos otros extremos estaban amarrados a la escala. Los gansos permanecieron dóciles y quietos sin chistar. Efigenia se sentó en unos de los travesaños de la escala e invitó a Alberto que hiciera igual cosa y luego azuzando con alegres gritos a sus gansos éstos empezaron a graznar y batiendo las alas con gran energía emprendieron el vuelo alzando la escala con facilidad llevando a los dos muchachos sentados sobre ella.

Volaron por encima de la foresta por largo rato sin demostrar cansancio ni perder altura, hasta que llegaron al atardecer al centro del bosque donde, en un monte rocoso, rodeado de precipicios, estaba situado un majestuoso palacio con numerosas torres y minaretes. Los gansos descendieron sobre un gran patio dentro de las murallas del palacio y finalmente descansaron. Habían volado durante todo el día. Efigenia los liberó de sus ataduras y les dio maíz que había traído en una bolsa. Los veinticinco gansos se acomodaron para dormir ya que el Sol se había escondido detrás de

# LA FORESTA ENCANTADA

---



los altos muros.

Efigenia y Alberto caminaron por el extenso patio en busca de una entrada a la fortaleza. Se encontraron con la puerta principal que estaba entreabierta y llegaron a una monumental sala. Al fondo divisaron un trono situado a bastante altura del suelo. Se llegaba a él por unas escalinatas. Inmensas lámparas de cristal colgaban del cielo raso e iluminaban con sus incontables velas de cera todo alrededor. Los dos jóvenes llegaron hasta las cercanías del trono pero no se atrevieron a subir por las escalinatas. De improvisto, por detrás de las columnas que sostenían la bóveda de la enorme sala, apareció un perrito blanco con la cola cortada y de cabeza negra. Caminaba en dos patas, como un ser humano y portaba un pequeño violín. Se aproximó a los jóvenes y movió su corta colita saludando con simpatía. Alberto y Efigenia, sorprendidos por esta inesperada aparición no daban crédito a sus ojos. Era tan graciosa y extraña la imagen. Podría decirse que era una escena inusitada, sorpresiva y algo ridícula.

-¿Sabes tocar ese violín?-preguntó la muchacha.

El perrito dio unos cortos pasos, equilibrándose, y pulsando las cuerdas del violín con un diminuto arco, empezó a tocar. Pero el violín no emitió música ni sonido alguno sino que, desde las inmensidades inescrutables del palacio, sonaron en forma aterradora las misteriosas campanadas. Era tan intenso el sonido,

## LA FORESTA ENCANTADA

---

que el suelo y todas las paredes vibraban. El perrito seguía tocando su violín y las campanadas continuaban como si esto fuera causa y efecto. De pronto, por la puerta principal, vino un viento huracanado que hizo caer a los dos jóvenes, rodaron por el suelo sin poder enderezarse y fueron barridos hacia un umbral que daba a una calle. Allí lograron ponerse de pie y huir desesperados del ciclón. La calle bordeaba al palacio y estaba socavada en la roca viva. Alberto y Efigenia se alejaron corriendo y a medida que avanzaban se dieron cuenta de que la calle se angostaba cada vez más hasta llegar a una anchura en la cual apenas cabían los dos juntos. Abajo, el precipicio vertical era espantoso y causaba vértigo. Con gran temor se dieron cuenta de que la calle, ahora sendero, terminaba en una pared transversal. Estaban acorralados y no se atrevían a retroceder para no encontrarse con el viento terrorífico que podría hacerlos caer al vacío.

-Debe de haber una salida- pensó Alberto y empezó a examinar la pared que les impedía el paso. Le pareció tocar un botón o una piedra incrustada en la roca y se descorrió una puerta dejando ver un túnel empañado por una rara neblina luminosa.- Espérame aquí- voy a ver a dónde llega esto- murmuró Alberto; pero Efigenia, desesperada y sollozante le imploró que no la dejara sola. Alberto, para no arriesgar la vida de ella y tratando de buscar una salida -una solución desesperada ante el inmenso peligro en que se

encontraban-, avanzó algunos pasos hacia “eso desconocido”... Súbitamente se encontró en la terraza de su casa en el bosquecillo de bambúes, paltos y eucaliptos. Quiso retroceder, pero, ¿hacia dónde? Estaba allí, afligido, y rodeado de árboles secos. Se puso a llorar llamando a Efigenia por su nombre. Todo inútil.

Bajó la escalera derrotado, queriendo morir de pena y desesperación.

Pasaron los meses. Alberto reanudó el comercio del pequeño negocio para no morir de hambre y de nostalgia. El trabajo lo distraía. Se abastecía de mercadería y la vendía a sus vecinos distrayéndose con el dinero que daba y recibía. Pero su corazón estaba en la terraza. Los árboles, con el riego y las lluvias del invierno, habían brotado nuevamente. Algunos que se habían secado en forma definitiva, Alberto los había reemplazado y crecían con renovada fuerza. Al contemplarlos le daban optimismo y le hacían olvidar su honda pena. La solitaria vida que llevaba le permitía comprender que Efigenia había sido su gran amor. El único amor de su vida, y la amaba intensamente a pesar de que la había perdido.

Llegó el verano y Alberto, sin poder descansar ni tener vacaciones, disfrutaba en el interior de su bosquecillo artificial en la terraza de su modesta casa. No perdía la esperanza que en un atardecer, siempre anhelado, apareciera nuevamente el sendero

## LA FORESTA ENCANTADA

---

luminoso que lo llevaría hacia su amada.

Para hacer pasar las horas subía acompañado de algún libro que compraba en una librería de libros usados que se había instalado a unas cuadras de su casa. Esa tarde había adquirido un libro que trataba de Aristóteles y Platón. Le interesó un capítulo referente al pasado, el futuro y el presente, considerado este último como un instante eterno. Meditó sobre su aventura ocurrida en el verano pasado, ¿acaso se había metido en uno de los instantes que forman el presente y navegó por ese presente eterno? Si era eterno, aún existía, y subsistiría la posibilidad de llegar nuevamente a él. En esas meditaciones estaba cuando se quedó dormido sobre el colchón. Despertó sobresaltado. Era ya de noche. Por entre el apretado follaje de su bosquecillo percibió una tenue luminosidad azulosa. No era la Luna, porque ésta se veía en el centro del cielo sobre los arbolitos. Se levantó presuroso y avanzó por entre las ramas de los árboles. ¡Sí! Allí estaba el sendero luminoso que se perdía en el horizonte recortado de la ciudad ¡en el silencio de la noche! Alberto, como un sonámbulo, atravesó las ramas y caminó por la senda que lo llevaría hacia su amada. No supo cuánto tiempo anduvo semiinconsciente, hasta que llegó a la playa de las embarcaciones que tenían un ojo dibujado en la proa. Allí estaba su bote que parecía estar esperándolo. El cielo y el agua brillaban y se fundían en una sola luz en el horizonte. Alberto deslizó el bote al agua, se tendió en

el fondo y cerró los ojos. Sabía que una fuerza invisible y misteriosa guiaría la embarcación hacia la caverna o gruta gigantesca, se introduciría en ella y llegaría finalmente al lago donde vivía Efigenia. Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que ya estaba en el lago y la casa se divisaba en la orilla. Sacó los remos del fondo y se puso a remar con energía hasta que atracó en el muelle y saltando corrió hacia la casa.

-¡Efigenia! ¡Efigenia!

Nadie contestó a su llamado.

El llanto de un niño se oía en el segundo piso. Alberto subió cautelosamente la escalera y se encontró con su amada. En esos momentos mudaba a un hermoso bebé. Su angelical rostro estaba pleno de emoción. Con los ojos llenos de lágrimas sonrió y mirando con ternura a su hijo y después a Alberto, le dijo dulcemente...

-Se parece a ti.

## Fin





# Otros títulos en esta colección

---

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

# CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

---

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative  
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,  
all content is made available  
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.  
© Fernando Olavarría Gabler.